

manifiesto despego al sexo que tan caducamente representaba fray Paulino, un despego que corría parejas con el que *in pectore* abrigaba él hacia el de las monjas. No por chasqueado en sus presunciones fray Paulino se enfullinó. Abandonóse al suave y lento secuestro, y así como de niño se prendó del claustro de los viejos, ahora de viejo prendábase del claustro de las niñas. Porque ahí radicaba el secreto, en las niñas, las chiquitinas sobre todo, que en un instante y á virtud del doble imán con que mutuamente se atraen la vejez y la infancia, se adueñaron de la confianza del anciano. Embebecíanlo á grado tal, que varias veces, al cruzar el jardín, deteníase á escuchar el argentino murmullo de las salas de estudio; y cuando las sorprendía en el recreo, oh! entonces sí que perdía la gravedad de sus canas y de sus hábitos; entonces sí que todo él convertíase en ojos y oídos para no perder rumor ni movimiento de sus amiguitas, de sus "hijas", según solía bautizarlas con su corazón; entonces sí que entrecerraba los párpados, se le cortaba la respiración y sonreía á sabe Dios

qué espejismo encantador é inmaculado.

.... Ellas, que también lo querían mucho, rodeábanlo con impenetrable cerco; las "pequeñas" abrazándole sus piernas enjutas de casto y de abuelo, asidas á su sotana que adquiría dimensiones y contornos grotescos; las "medianas", menos próximas, en segundo término respetuoso casi; y á lo último las "grandes", las señoritas, ya con esquiveces y melindres de mujeres. Semejaba fray Paulino con su quietud y contento en medio de aquel enjambre, uno de esos árboles centenarios de rugosa y mutilada corteza, de ramas con más nudos que follaje, secos y amarillentos, en los que de improviso se refugian centenares de pájaros para entonar en él sus cántigas más dulces y él permanece inmóvil, erguido, soberbio, cual si la invasión lo rejuveneciera, y por no ahuyentarla, empleara lo que de savia y fuerzas le resta en un postrer combate trágico con el viento, manteniéndose firme, á fin de defender á tanta debilidad y tanta pureza....

La superiora interrumpía la fiesta con fingidos enojos:

—*Mais vous les gatez, M. l'abbé, vous les gatez un peu trop.*

Fray Paulino, muy apenado, contestaba:

—Se ponen más locas, madre, que no puede uno remediarlo. ¡Ea, estarse sosegadas! *(á las chiquillas desbandadas ya por el jardín.)*

La popularidad en el Colegio del "padre Paulino" traspasó los muros del recinto, llegó á oídos de las mamás, aumentando en éstas la devoción que de antiguo profesaban al jesuíta por sus sermones á la moda y sus cuaresmales de fama. Excepcionalmente, las señoras de "la buena sociedad" estuvieron contestes: el padre era un santo; parecido, según unas, á san Luis Gonzaga, según otras, á san Francisco de Asís aunque sin la lengua barba de éste, pero de cualquier manera parecido á santo de veras. Semejantes extremos no podían ser,—ni en efecto lo fueron,—del agrado de un sacerdote tan austero como fray Paulino; y su indulgencia para la tontería mayúscula de lo de la santidad pasóla por alto, gracias á

que se sabía de memoria las necesidades de sus admiradoras mundanas.

—Son cerebros vácuos—decía siempre que hablaba de ellas.

Á las monjas sí les cobró afecto; sacudiales sin esfuerzo sus conciencias enmohecidas de vírgenes viejas, que no corren ya el mínimo riesgo en este valle de lágrimas, y con sonrisas disimuladas bajo el paliacate, absolvíalas calmada y tranquilamente,—á pesar de que padecía sus humillacioncillas internas al encontrárselas de émulos suyos en aquello de derrotar á la carne. Con las monjas jóvenes el asunto variaba, mas sin llegar nunca á la complicación; sólo fuegos fatuos de la salud que coloreaba los rostros, endurecía los músculos y hasta con causar vértigos ó hemorragias intempestivas por la nariz, se desquitaba de que no le hicieran maldito el caso; sólo chispazos instantáneos del deseo que, agonizante pero latente, se retorcía de súbito y comunicaba estremecimientos y congojas con los que mucho se amedrentaban las doncellas escrupulosas y asustadizas.

—Era el diablo, ¿verdad?— preguntaban en las rejillas del confesonario con la voz enronquecida por el pánico.

Y como fray Paulino no podía responderles la verdad, que eso no era el diablo ni muchísimo menos, sino la sangre roja, la pubertad, la vida formidable que así se nos presenta y así nos sojuzga; como tampoco podía decirles que él mismo, antes de llegar á sus años, también fué víctima de análogos chispazos instantáneos del deseo y de semejantes fuegos fátuos de la salud, como ni una ni otra cosa podía decirles, excusábase de antemano consigo propio por la saludable engañifa y les replicaba:

—Sí, el diablo es . . . —añadiendo á poco, para descargo, —pero no el más temible . . . digo, si temible lo es siempre, es el diablo, sí, aunque muy lejos todavía, acechándonos. . .

Sin embargo, fray Paulino no quedaba tranquilo enteramente; ¡si esas pobres muchachas flaqueaban y con un instante de debilidad dieran al traste con sus sacrificios y devociones! . . . Por dicha, en el Colegio las ocasiones eran pocas é inofensivas; el

mundo llegaba en forma inocente y pacífica: las niñas y sus padres, ¿qué peligro podía haber? Y las defendía con su palabra persuasiva y con los múltiples medicamentos de su recetario de confesor, plegarias, imágenes benditas, ayunos y vigiliias; saliendo, en el fondo, deslumbrado ante tanta conciencia blanca y tanto espíritu recto:

—Me purifican sin advertirlo; son ellas las que me purifican y el Señor se los tome en cuenta.

En estos halagüeños términos pasábanse ellas y él su casta existencia en un mundo aparte, en la senda que conduce á la gracia. Trabajo le mandaba á Luzbel para que metiera en el vigilado claustro la cola y las pezuñas; más trabajo aún, para que intentase destruir la santa obra. Fué lo malo, que tras de las madres vinieron las alumnas, las primeras comulgantes, que pedían confesar con el “padre Paulino”, y el “padre Paulino” ni supo ni quiso rehusarse, aunque con su aquiescencia se le centuplicó la labor. En cambio, qué páginas pudo

añadir á su libro, qué estudios y qué comentarios. Diríase que en las manuscritas hojas de los comienzos, nacía el pecado, un pecado apenas punible, en formación, que á fuerza de tiempo tornábase delito, después de haber sido el inquilino de las niñas y de las monjas; cual si éstas no le permitieran su total fealdad y desarrollo. Pecaban, claro, ¡no iban á pecar siendo como eran de carne y hueso!, pero el pecado, mientras duraba dentro de criaturas semejantes, casi hacía reír, no volviéndose repugnante hasta que no abandonaba el convento; ni más ni menos que sus aguas, limpias en jardines y dormitorios, y pestilentes y sucias en cuanto salían por los desagüaderos, caños y atarjeas del inmueble.

En la calma actual de que fray Paulino disfrutaba, figurábase mera fantasmagoría cuanto habíale acaecido de muchacho y de adulto; su admisión en el monasterio de su tierra; sus sensaciones primeras; las primeras misas á que ayudó, contestando mecánica é inadvertidamente; los regueros de luz que las propias respuestas derramaron después

en su ánimo atribulado de niño salido de las últimas clases del pueblo. Luego, su translación á Madrid, ordenado ya de menores; luego, su cantamisa, ya de sacerdote recién tonsurado, encendido en el amor más puro, ofreciéndose en holocausto por las faltas de la humanidad entera, de esa humanidad que sólo parece nacida para ofender á Dios Con cuánta unción, esa vez primera en que tomó con sus manos—encallecidas todavía por los remos y el timón de la barca de su padre—el cáliz y la hostia, más suspiró que dijo:

—*“Praeceptis salutaribus moniti, et divina institutione formati, audemus dicere”*

“Nos atrevemos á decir . . .”, sí se atrevió, porque sentía la necesidad de llegar hasta allí, hasta el altar, y fervorosamente, con la santa hostia entre sus dedos trémulos, después de adorarla, decir lo que decía siempre, desde que fué sacerdote hasta que Dios dispusiera de él:

—“Yo recibiré el pan del cielo é invocaré el nombre del Señor!”

Y decir asimismo la oración que rezaba

con toda el alma, la oración que es de ritual luego de purificados los dedos con agua y vino sobre el cáliz; tal oración, por milagro patente, se había cumplido:

“.... Vuestro cuerpo, Señor, que he “recibido y vuestra sangre que he bebido, “se apeguen á mis entrañas: concededme “por vuestra gracia que no permanezcan “ni queden manchas ni vestigios de pecado “en mí, á quien han alimentado sacramentos “tan puros y castos....”; tal oración continuaba con sus maravillosos efectos, pues fray Paulino, “sin manchas ni vestigios de pecado”, iba á la muerte con una serenidad envidiable y nada común. Por llegar donde había llegado, daba de barato su calvario anterior, sus expediciones de misionero en medio de tribus por conquistar; sus cinco años de Filipinas, allá en Ilo-Ilo, sin más armas que la cruz, sin otro escudo que su palabra; en lucha desigual y perpétua con clima y habitantes, con la tierra misma que en terremotos formidables parecía ansiosa de devorar á hombres y cosas, indígenas y europeos, conquistados y conquistadores;

borrar de un bocado el paradisiaco archipiélago, la civilización y la barbarie. Al cabo de esa época de tremenda prueba, cualquier residencia, por lejana y desconocida que fuese, hacíalo sonreír; ¿qué podía ofrecer de malo, que él no conociera por propia experiencia? América,—dijéronle en Roma,—América española, y encantado vino á ella, á modo de quien alcanza un premio que no merece. Y en México llevaba treinta años corridos; en México enterró los resabios más recónditos y rebeldes de su masculinidad; en México pisaba los umbrales del sepulcro y los de la canonización, pues como conocerse no es morir, muy adentro de sí mismo bien que se reconocía títulos para ello....

Igual entre las madres que entre las alumnas, fray Paulino tenía sus preferencias; de aquéllas, llevábase la palma la superiora, ¡qué mujeraza!; habiendo representado en sus mocedades papel mundano y principal, qué sincero era el renunciamiento á pompas, qué sincera era su vocación religiosa! La dramática novela de su vida, el abandono

del marido, la muerte del hijo único y la pérdida de la fortuna, todas estas heridas bastantes á acibarar una existencia, narradas por ella adquirirían proporciones de recompensas; poetizábalas con sus oportunos toques femeninos; convertíalas en apetecibles; sí, sufrir así, sufrir mucho y hundirse después en la contemplación del claustro.

Quedábase fray Paulino con las ganas de apretarle la mano y de decirle lo que sentía, que era más hombre que él, pero mucho más. La única fibra que aún vibraba en la bienaventurada monja, era la fibra materna; á pesar de sus votos y promesas, la figura de su hijo acompañabala incesantemente, cual si no hubiera muerto ó cual si la muerte resultara impotente para borrarle de la memoria y se resignara á tolerar esa excepción. En ocasiones, le asaltaban escrúpulos que con el confesor consultaba:

—¿Haré mal en querer tanto á mi hijo? ¿en cultivar su recuerdo y robarme horas enteras que debía yo dedicar á mis deberes monásticos, para dárselas á él y con él em-

plearlas en infinitas ternezas que no tuve tiempo de prodigarle cuando vivía, porque vivió muy poco, pero que ahora me vienen espontáneas y con exigencia dulcísima de no escatimárselas, como si la maternidad persistiera en mí, no obstante estos hábitos que quizá soy indigna de portar?....

Fray Paulino, valientemente, resolvió que no era malo; que los dos cultos hermanábanse á maravilla, y que supuesto que la maternidad y la memoria eran facultades concedidas por el mismo Dios, de ninguna suerte podía ser pecaminosa su conducta; exagerada, cuando más, y sólo en tal sentido reprehensible, apenas reprehensible.

Tan arraigado, en efecto, estaba el instinto materno en la superiora, que á él debíase su consagración á la enseñanza. La infancia la tiraba; en cada chiquilla juraba encontrarse una facción ó un gesto del otro; á cada chiquilla la amaba por éste ó aquel parecido, y en conjunto, representábansele todas por pequeñas, por lindas, por buenas, más próximas al muertecito que ella que había sido su madre. Esta palabra de

“madre” que sin cesar escuchaba, hacía un bien inmenso, de elíxir mágico que fuera y suavizara su perenne desgarradura de alma. Idolatraba á un punto á los niños, que cierta vez en que con fray Paulino discurría acerca de ellos, soltó sin darse cuenta esta teoría, que deslumbró al sacerdote:

—*M. l'abbè*, no hay niño feo.

—Y bien que los hay, madre superiora, por docenas.

—No, *M. l'abbè*, el niño por ser niño es bello siempre, aunque de rostro ó de cuerpo no lo sea.

Dicho se está que este nuevo punto de contacto entre el anciano clérigo y la vieja monja, esta su debilidad por los chicos, acabó de determinar una ejemplar concordia y armonía en sus relaciones posteriores y de tejas abajo.

Las que sí no hacían muy feliz que digamos á fray Paulino, eran, de las alumnas las “grandes,” y de las monjas las jóvenes; aquéllas porque ya presumían de damas y éstas porque todavía no conocían suficientemente la vida y sus halagos, demoniacos si

se quiere, mas halagos al fin y al postre. Las “grandes” serían dentro de poco señoras á la moderna, enfermas con los defectos y vicios con que los centros populosos salpican á las mujeres, y las novicias porque hallábanse expuestas á arrepentirse, á no salir victoriosas en el descomunal combate que todo religioso debe de librar con la trilogía mística de enemigos que asedian al alma: el Mundo, el Demonio y la Carne!

De tal suerte, que fray Paulino procuraba con ellas tenérselas muy tías; no dejarles pasar lo más mínimo, ni los pecados veniales, sobre los que cargaba con sus fuerzas todas. Como medida sanitaria, con las monjas jóvenes más que con las alumnas “grandes,” en cada confesión reiterábales sus obligaciones; desenvolvía ante su vista azorada grandes lienzos imaginarios y comparativos entre lo que pretendían realizar y lo que á abandonar iban. De este lado, la vida monástica, el claustro, la pureza; del otro, el mundo con sus oropeles, engaños y porquerías. De muy buena fe, resultaba parcial; oyéndolo, nadie habría

vacilado, cualquiera se iría derecho al convento. Él insistía, insistía; ¿de veras hallábanse resueltas á huir de las tentaciones? ¿de veras no se les quedaba dentro ningún deseo vago, ningún anhelo diminuto que se trocase á la larga en fuerza irresistible? por eso la orden, sabia y atinadamente, admitía la renovación de los votos; por eso á cada año se les preguntaba y repreguntaba si persistían en su demanda, si el mundo ése no las seducía desde lejos con sus espejismos y maquinaciones,.... ¿de veras no?... Y siguiendo la añeja costumbre, echábase con ellas por los vericuetos y escondrijos de sus conciencias ignorantes, obligándolas á revisarlos con detenimiento, á barrer aquí y sacudir allá; como puede acompañar á un pequeñín que ha perdido algo, una persona mayor animada del deseo de ayudarlo en la busca minuciosa, hasta que juntos la descubran y juntos se feliciten del hallazgo. Así fray Paulino aclaraba remotas épocas, juegos de la niñez, parentescos confianzudos y peligrosos, inclinaciones, costumbres, lugar de nacimiento,

días de escuela, amistades, cuanto puede dejar huella en un espíritu femenino. Ello no obstante, jamás quedaba satisfecho; son tan dadas las mujeres á edificar una catedral de calicanto con sólo el hilo finísimo de un recuerdo! Son por lo general tan fantásticas, tan nerviosas, tan débiles, tan sin defensa para las quimeras!

Sor Noeline, á pesar de que acababa de renovar sus votos, inspirábale serias inquietudes á su nuevo confesor. No porque descubriera en ella alarmante síntoma, que ni con microscopio se descubriría, sino porque veía demasiado bella, sana y joven, y tales circunstancias,—la belleza excesiva muy particularmente,—estimábalas fray Paulino como de excepcional riesgo. Todavía las monjas á quienes las durezas claustrales domeñan y desfiguran; á las que se les van los colores y se les hunden las carnes y la sangre se les debilita; las que con el encierro y mortificaciones adquieren palideces de cirio y tos de tuberculosas; á las que con la salud que pierden, pierden también las curvas, ganando, en cambio, angulosida-

des que se les revelan por bajo el burdo hábito, ésas, las mártires, las que parecen no pertenecer ya á sexo determinado, las que semejan grabados de misales antiguos que el tiempo va esfumando hasta borrarlos por completo repentina y silenciosamente, ésas pueden resguardarse á sí mismas y ser resguardadas por pastores ó curas con menor esfuerzo, pero ¿las otras?..... las que vencen á las durezas claustrales y lejos de perder atractivos los adquieren y multiplican, como si su juventud y su belleza no se resignaran á sacrificio semejante, ¿quién ha de defenderlas?..... Sor Noeline era de estas últimas; el claustro mismo no se atrevía á tocarla ni á marchitar su tentador cuerpo de veinte años; el encierro y mortificaciones hermoseábanla, y la vida, que se veía circularle por las deliciosas é irregulares líneas de sus venas azuladas, debía encontrarse contenta dentro de ella; el burdo hábito, con ser hábito y ser burdo, la hermoseaba igualmente, hasta le abultaba con algo de voluptuosidad de esclavo satisfecho, perfiles y contornos de perdición y de pecado. La

pobre novicia, á la manera de las plantas congestionadas de savia, color y perfume que desafían climas é intemperies, desafiaba sin saberlo, todas las privaciones y durezas del monasterio. Simulaba con su rostro ovalado y dulcísimo, con sus ojos profundamente azules y su conjunto esencialmente terrenal y humano, una de esas vírgenes italianas que los grandes maestros de pasados siglos, pintaron inspirándose en modelos nada virginales. Hasta en el confesonario compelia á fray Paulino á experimentar extraño y desconocido malestar, pues por encima de su castidad á toda prueba, de su carne difunta y de su espíritu de justo, tenía que declararse muy bajo que sor Noeline era una mujer bonita, muy bonita, de las que con el poderoso lenguaje sin palabras de la forma, nos obligan á dar gracias al Creador por obra tan acabada;—aunque estemos convencidos de que ya no ha de ser nuestra. Y esta especie de inconfesado lamento mental, esta instantánea nostalgia que desde qué sé yo dónde le acometía, por nunca haber sentido.... ¿qué?.... pues sin

duda lo que él venía oyendo en sus penitentas, el *kirie eleison* eterno por el amor; éste su tardío conato de senil é inofensiva lujuria en el ocaso de su sacerdocio honrado, sacaba de quicio á fray Paulino, hacíalo llenarse de mascullados improprios y abominar de “la tres veces impura,” de “la inmunda bestia apocalíptica,” predisponíalo en contra de sor Noeline, que en realidad de verdad, era ajena de pensamiento, palabra y obra á semejantes malquerencias. En el corto tiempo que de llegada tenía al Colegio, ni el más exigente la habría censurado; y en cuanto á informes, los que de Burdeos trajo, á más de ser inmejorables, ella justificábalos con su conducta. En el confesionario, donde se desnudaba por dentro, fray Paulino reconocía, á fuer de sincero, que no se le descubría dolencia moral, ni siquiera una mancha que ameritara la instintiva repulsión que medio despertaba en el jesuíta. De balde que con inmoderado rigor la registrarán; su conciencia resistía el registro, permaneciendo después de él, incommovible y sólida. Fray Paulino percibía, á lo sumo,

ligeras inquietudes mentales en la novicia los días en que le entregaban, previa censura, las cartas de su tierra; como si los correos viniesen á alborotarle ideas y reminiscencias quietas de suyo, y que con facilidad tornaban á la quietud por privado mandato de su dueña.

Así las cosas y desvanecidas por completo las prevenciones de fray Paulino, cierta tarde de un sábado, sor Noeline le confesó algo alarmante, que ella misma no atinaba á comprender ni á explicar:

—Lloro mucho, padre, las más de las veces sin el menor motivo. Es una secreta necesidad de llorar....

—Espacio, hija mía, espacio, que es preciso ver elaro.

Y la sujetó á meticoloso interrogatorio; convencido de que el accidente sería precursor de una catástrofe. Nada sacó en limpio; la madre de sor Noeline,—único pariente que le quedaba,—seguía como siempre, sin que sus achaques de quintañona avanzada hubieran de originar especial alarma. Por otra parte, sor Noeline no presentaba sínto-

mas de enferma, dormía á sus horas, comía bien, ni asomos de calenturas ó jaquecas, ni nerviosidades ningunas; nada de conmociones cuando de súbito le hablaban, nada de miedos á lo obscuro ó solitario, nada de alucinaciones en sus rezos á santos y patronos; un equilibrio perfecto, y sin embargo, el fenómeno produciéndose inopinadamente, brotándole las lágrimas como de manantial jamás sospechado, como si le rebasaran de un misterioso depósito, para lavar faltas de tercero ó para alcanzar el perdón de las que ella cometería más tarde.

—¿Y ni antes ni después de llorar siente Ud. algo raro? —inquirió fray Paulino, que ni en el confesonario tuteaba á las religiosas.

—Sí, padre, siento algo raro, que se parece á la tristeza sin ser tristeza exactamente.

—Pero tristeza de qué ó por qué, vamos á ver?

Aquí pararon ambos; él, porque esperaba ansioso una respuesta y con ella la clave del enigma, y ella, porque luego de reflexio-

narlo, no dió con respuesta alguna. De verdad, ¿tristeza de qué ó por qué?....

—Pues no sé, padre, no sé; por cosas distantes que no puedo ver bien, que ignoro lo que sean y que me oprimen cual si estuviesen cerca; que se me esconden, yo creo que en el pecho, aunque tampoco allí las vea ni las comprenda....

Reconcentróse fray Paulino para mejor dar con el remedio; decidido á libertar á la novicia, que estaba bien donde estaba, ofreciendo su belleza á la religión desde un monasterio; decidido á defenderla de cuanto pudiera amenazarla, hasta con su cuerpo inservible de asceta y ginecófobo.

—Véame Ud. más seguido, véame Ud. á diario si así lo ha menester,—le ordenó al cabo de su meditación,—y mientras tanto, rece Ud. y obsérvese, obsérvese cuando le asomen esas lágrimas que entre los dos hemos de desterrar.

Y el director espiritual salió á la calle contento, escuchando con deleite el portazo que la tornera daba tras él. Detúvose adrede frente al edificio, so pretexto de

encender un cigarrillo, y á la dudosa luz del crepúsculo contempló el Colegio con sus anchos y empinados muros, sus enrejadas ventanas, su alta galería de cristales, cerrada á muerte; su general aspecto, á esas horas, de inviolable recinto consagrado.

—Bah! chocheras mías, que ya no voy sirviendo para el caso,—pensaba, — con estas seguridades materiales ¿quién había de venir de fuera á intentar nada contra sor Noeline ni contra ninguna otra de las santas mujeres que viven ahí dentro?....

III

Con las agonías de septiembre y sus torrenciales lluvias vino la cosecha de la hacienda, y con la cosecha un apaciguamiento en el ánimo conturbado de Rafael.

Mire Ud. que aquello era llover y una de entrar grano en las trojes, que daba gusto. El maíz y la cebada que habían comenzado por sólo alfombrar regiamente los suelos de los depósitos, subían, se ensanchaban; fueron colinas, luego cerros, hasta llegar á montañas verdes, doradas, movedizas, de cuya blanda cúspide dejábanse venir abajo los labriegos, llegando á la falda con estruendosa risa de chiquillos, después de recoger